

Los laicos en la Iglesia y en el mundo

Rafael Carías

El Instituto de Teología para Religiosos ha editado recientemente un libro sobre los laicos que recoge las ponencias de las V Jornadas de Reflexión organizadas del 21 al 25 de abril de 1986 en la Universidad Católica Andrés Bello con tema "Los laicos en la Iglesia para un mundo en cambio" como preparación para el Sínodo, y una vez realizado éste, Secorve-Iter organizaron la V Semana de Teología con tema "El laico en la Iglesia y en el Mundo", cuyas ponencias son publicadas igualmente aquí y cuyo título fue asumido por el libro que ahora reseñamos.

La publicación de estas ponencias es un paso importante para que estas reflexiones acerca de la identidad y misión del laico lleguen realmente a su sujeto y bajen del nivel académico donde fueron enunciadas hasta la base del laicado que con la ayuda de este material puede individualmente o en grupos preguntarse sobre su papel en la Iglesia, esto es, redimensione su concepto de Iglesia, de mundo y por lo tanto de él mismo como cristiano en el mundo.

La historia contemporánea del laicado de buena preparación y con personalidad en nuestro país conoce tres etapas de treinta años cada una aproximadamente, o sea tres generaciones. En la primera etapa, que coincide con el gomezalato, encontramos cristianos autodidactas, de innegable raigambre liberal, que pensaban una iglesia democrática y un tanto nacional, ante ella tomaron una posición autónoma, de defensa o de crítica según las circunstancias: así José Gregorio Hernández, Caracciolo Parra León, Mario Briceño Iragorri. La segunda época está signada por la educación católica (Salesianos, Jesuitas, Hermanos de La Salle). A sus "antiguos alumnos" vinculados a algunos de sus maestros egregios, se les fraguó en la conciencia de ser élite, dirigentes, formadores de cuadros subalternos. Suficientes y seguros de sí mismos no pudieron ser verdaderos interlocutores en el diálogo postconciliar. La última época se diferencia de la anterior en que estos nuevos laicos no se gestan en un colegio sino en una agrupación más estrecha y vivencial (algunas con verdaderos distintivos sociológicos de secta) cursillos de cristiandad, grupos carismáticos, movimientos de profesionales-para-la-santidad etc. Cada uno de ellos piensa que su asociación es un modelo de Iglesia. Su actitud hacia la Iglesia venezolana está mediata-

zada por la mentalidad y vivencia del grupo de espiritualidad al que se pertenece; su máxima aspiración, la santidad, no sería en la Iglesia, ni en el mundo (aunque se diga) sino en y para el grupo que es instrumento y fin al propio tiempo.

Esta tipología generacional del laico respetable e influyente se refiere justamente a esos hombres públicos que se confiesan practicantes y militantes. Existen en la época posconciliar y sobre todo en los últimos años alrededor de la misión previa a la visita del Santo Padre numerosos cristianos de base (que no figuran en la política ni en las Universidades) que asisten a reuniones bíblicas, son catequistas, legionarios de María, cantores, colaboradores de la Iglesia parroquial. Notemos que en el proceso de socialización que vive el hombre, sobre todo la juventud, estos cristianos orantes y activos tienen su lugar natural en un grupo-de-Iglesia o mejor en función de la Iglesia. Esta experiencia grupal del servicio de la Iglesia es diferente a la experiencia de los grupos de selectos de la tercera etapa mencionada que viven una experiencia de arca de Noé. Los cristianos activos y anónimos son muchos. Son ellos el sujeto de este libro sobre el laicado. Para ellos va este libro que es propiamente una reflexión sobre la Iglesia y sobre el mundo, porque teniendo esto claro, fluye una conciencia actualizada de lo que es el laico.

El común denominador de todas las ponencias es el texto base de las proposiciones al Santo Padre elevadas por el Sínodo y la respuesta del Papa formulada en la carta *Christifideles laici*. Este texto base lo constituyen los siguientes capítulos: la dignidad de ser cristiano por el bautismo, la participación en la iglesia local, la espiritualidad seglar, los ministerios laicales, la acción del laico en la política, economía, cultura. Todos los ponentes, dos obispos, tres religiosos intelectuales, dos mujeres laicas comprometidas, dos laicos uno intelectual, otro de acción comentan estos capítulos. ¿Qué añade cada uno? ¿Cuál es lo típico de los aportes de estos ponentes que laboran un mismo texto? Esto es lo que quiere destacar esta reseña.

Manuela Mattioli, delegada y presente en el Sínodo ha recogido algunas intervenciones de laicos durante las sesiones como la de Pedro Morandé, joven catequista chileno, doctorado en Nürnberg,

donde escribió su tesis sobre "El poder de lo simbólico en la religiosidad popular" quien menciona no la ausencia sino la presencia del laico en la política (etapas: tesis del partido católico, socialcristianismo, radicalismo revolucionario). Sugiere superar la ideología derivada de la ilustración que identifica política y poder para buscar las raíces evangélicas donde la verdad y dignidad humana fundamenten la presencia política.

Mercedes Pulido de Briceño habla de la doble discriminación de la mujer en la Iglesia, como laica y como mujer. Busca superar algo la antinomia hombre-mujer aludiendo a los elementos de animus y ánima que cada ser lleva consigo. Plantea lo difícil que es cambiar las estructuras familiares, donde el peso de la maternidad cae casi íntegro sobre la mujer, ya que en el fondo un cambio en ese ámbito supone un cambio de estructuras de poder. Y el poder no está dispuesto a ceder.

Monseñor Baltazar Porras trata del aporte que el concepto comunión da a la Iglesia. En el Sínodo extraordinario de 1985 se manejaron dos conceptos, la Iglesia-Misterio y la Iglesia-Comunión. El Cardenal Hume fue uno de los que más alentó esta categoría que expresa mejor los rasgos de participación, pluriformidad en la unidad. Siempre se ha hablado de la comunión de los obispos con el Papa y de los obispos entre sí, ahora puede también ser la jerarquía servidora de la comunión con respecto a la Iglesia. Dentro de este marco de comunión, la Iglesia local como experiencia concreta de Iglesia, se redefine como comunidad de comunidades. A esta eclesiología de comunión corresponde una espiritualidad que acepte la obra de la gracia. Ser cristiano es ser llamado, convocado. Dios toma la iniciativa. El llamado a la construcción del Reino es tarea, pero es sobre todo don. En esa esperanza se pueden superar los temores en la etapa de las realizaciones de la teología de la Iglesia y del laicado.

Monseñor José Urosa Savino estuvo presente en el Sínodo y resume las Proposiciones al Santo Padre como un desafío planteado a la Iglesia. También Monseñor Urosa asume el concepto de Iglesia Comunión. El reto estaría en promover de acuerdo con esto mayor participación en la vida de la Iglesia no sólo a los más com-

prometidos sino a todos los laicos. Igualmente comentando la característica misionera de la Iglesia se pregunta si queremos pasar de una Iglesia establecida a ser Iglesia kerigmática, entusiasmada con el anuncio de Cristo, evangelizadora. La respuesta parece insegura, porque habiendo estado sumergidos en discusiones intraeclesiales se ha descuidado la evangelización. No hemos estado atentos al mundo que se desenvuelve fuera de las sacristías.

El campo educativo está representado por **Pedro Monsalve** Secretario de FA-PREC, Federación de Padres, Representantes y Educadores católicos, quien abunda en el papel del laico dentro de la familia, siendo también ésta sujeto de evangelización sobre todo en su misión educativa a través de la comunidad educativa y cita a Puebla: "esta concepción (de la comunidad o ciudad educativa) está transformando algunos colegios en verdaderos agentes de evangelización".

El teólogo laico **Otto Maduro** comienza recorriendo la historia del concepto y conciencia de laicado que estuvo hasta hace poco en posición subordinada en una iglesia de amplio predominio intelectual y clerical, esto se ha recordado porque todavía hoy, a pesar del reconocimiento al papel del laico, éste carga todavía el peso de los dos mil años de aquella situación. A partir del Concilio Vaticano II se va estableciendo una reivindicación del carácter eclesial (laico era lo distinto a eclesiástico), creativo (lego, laico significaba el que no tiene letras, el ignorante) y dirigencial "protagónico" del laico. En este tercer aspecto señala Maduro que la sociedad misma ha cambiado y por lo tanto ha contribuido a dar al clérigo y al laico acentos diferentes a los de antes, en efecto la sociedad se ha hecho pluralista y no existe una religión oficialmente privilegiada ni mucho menos obligatoria, más aún la sociedad liberal capitalista ha significado una desvalorización creciente de lo religioso, los valores en voga se los lleva el economista, el gerente, el banquero. De esto se sigue, según Maduro, que es difícil ser sacerdote y cada vez más el laicado irrumpe, surge, emerge fuera y dentro de la Iglesia. Esta irrupción no es sólo como profesional, que como tal es valorado por la sociedad industrializada, sino como cristiano comprometido por los pobres que está expuesto a la persecución y al martirio. Maduro estima en 100.000 el número de mártires por la justicia en Latinoamérica y mucho más los que han padecido cárceles y tortura, todos ellos en una posición solidaria con la paz, que es "el otro nombre de la justicia".

Los religiosos profesores de Teología en el ITER **Munárriz, Bazarra y Ugalde**, se esfuerzan, pedagógicamente en aclarar conceptos sobre todo la tríada Iglesia, mundo, espíritu, y de la renovación y reestructuración de estos conceptos surge una idea de laico más integrada a lo eclesial, un mundo más espiritualizado, y por lo tanto la misión secular del laico cobra dimensiones escatológicas.

Acertadamente evoca **Munárriz** que cuando en el Vaticano II la Iglesia reflexiona sobre sí misma y profundiza en su propio ser y se ve a sí misma más allá de mera institución, es entonces cuando se van poniendo los "jalones para una teología del laicado" rememorando la obra precursora de Ives Congar. La dignidad de todo cristiano proviene del ser mismo de la Iglesia-Sacramento y Misterio. Como Sacramento eficazmente hace presente en la historia de la vida de cada hombre y la de todos el Misterio del amor salvífico de Dios. Ser cristiano es ser elegido a formar parte del Pueblo de la Nueva Alianza en la sangre de Cristo. Esta dignidad es tan elevada, que está por encima de cualquier diferencia entre cristianos, quienes tendrían solamente distintas diaconías o ministerios. Por eso insiste Munárriz en relativizar —no negar— las diferencias entre clérigos y laicos, señalando bien las relaciones de unos y otros, y dada la historia, debe el clérigo por su parte considerar aquello del Bautista: "conviene que él crezca y yo disminuya". En el caso concreto de Venezuela advierte Munárriz que si bien haría falta una Iglesia más laical, está por resolver el problema de la formación de los laicos, ya que los sacerdotes por ser muy pocos no han podido cumplir esta tarea.

Este reto es recogido audazmente por **Carlos Bazarra** quien se pregunta no sólo por la formación sino también por el tipo de espiritualidad que corresponda al laico en la actividad, inquietud y lucha cotidiana. Dejando a un lado los paradigmas monacales de la vida espiritual: reclusión, silencio, inspiración ante el arte religioso, se tendrá más bien en cuenta la veta de humanidad muy rica en manifestaciones y que puede compendiarse en solidaridad: compartir, hospitalidad, gratuidad en el obsequiar, en cuya base está la gracia de Dios. Continúa Bazarra: Hay pues una espiritualidad popular, una contemplación que es gracia dada a los pobres, porque existe una connaturalidad entre pobreza y contemplación. Por eso los pobres constituyen una escuela de oración: los pobres oran y enseñan a orar. Si se mide la espiritualidad por la frecuencia de prácticas religiosas, días de retiro, libros leídos, el

pueblo no tiene espiritualidad, a lo más una religiosidad festiva, pero si la espiritualidad es la vida según el Espíritu, y éste clama a través del pueblo, entonces el pueblo posee espiritualidad, cuyos rasgos son ser comunitaria, inmersa en la historia de la vida diaria, solidariamente comprometida y humana. En este último carácter cita a Moltman: "El cristianismo no es para perfeccionar al hombre sino un camino histórico y una promesa de perfección. No se es hombre para ser cristiano sino cristiano para ser hombre". Bazarra se ve necesitado a interpretar eso último: Cristo es el prototipo por lo tanto el hombre es creado para ser otro Cristo. Pero si por cristiano entendemos la forma histórica eclesial, y la Iglesia distinta del Reino, entonces el ser cristiano no es un fin sino un medio.

Luis Ugalde ve lo decisivo para determinar las relaciones entre lo espiritual y lo material en el Espíritu del Reino. Lo que se hace por el Reino, movido por el Espíritu del Reino, es espiritual si bien la acción tenga un contenido material. Viceversa, lo que se hace contra el Espíritu del Reino no es espiritual sino carnal, y así hay contenidos no materiales como el orgullo y la soberbia que según esta norma son carnales. Insiste Ugalde que el hacer por el Reino, y la moción del Espíritu no equivalen a la "pureza de intención", ya que ésta no justifica acciones injustas. Más que intencional hay algo "ontológico" es esa efectividad de la moción del Espíritu o sea la vida del Espíritu. Esta vida del Espíritu abarca a todos los sectores de la vida, ya que el cristianismo no está restringido a un espacio privilegiado de salvación sino es signo eficaz de salvación a todos. El laico representa esa vida normal que Jesús viene a salvar y liberar. En la opción por los pobres se revela al Dios trascendente, porque al contrario de los reinos del mundo que invitan a los poderosos, Dios invita al pobre el que ha sido despojado por los grandes del mundo.

Como se ve, estas últimas ponencias de Ugalde y Bazarra se complementan porque ambas al tratar de la espiritualidad del laico, una refuerza el factor formal del Espíritu, mientras la otra destaca la base humana de las virtudes cristiano-naturales de los pobres.

Este libro constituye por lo tanto una contribución del ITER para divulgar la teología del laicado y presentarla en forma asequible a los numerosos grupos de laicos quienes en sus reflexiones y puestas en común pueden recibir aliento al saberse miembros de la Iglesia y partícipes de la construcción del Reino.